

PRECIOS DE SUSCRICION.

	En la Adm.	Por comisionada.
En MADRID, un mes.....	12 rs.	12 rs.
En provincias, tres meses.....	64	60
— seis meses.....	104	120
— un año.....	200	240
En el extranjero, tres meses.....	80	70
En Ultramar.....	80	70

Todos los pedidos vendrán acompañados de su importe, sirviéndose al efecto de las libranzas del Giro del Tesoro, ó sellos del franqueo, pero certificando las cartas en este último caso, á fin de evitar extravíos.

LA ESPERANZA.

PERIODICO MONARQUICO.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En MADRID, en las oficinas de este periódico, calle de Moriones, antes del P.º 1.º y 6.º.
En las provincias, dirigiéndose en carta al Administrador del periódico, ó por medio de los comisionados del mismo, cuyos nombres se publican al último día de cada mes.
En SANTIAGO DE CUBA, D. Juan Pérez Dabril.
MANILA, D. Francisco de Marañón.
VALPARAISO, D. Ricardo Rodríguez.
Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas.
Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas.
Buenos Aires, D. Juan Manuel de Rosas.

El primero y último aniversario de la revolución.

Todos los periódicos señalaban ayer el aniversario de la reunión de la Asamblea Constituyente, habiéndose de la soberanía popular, del gobierno del pueblo por el pueblo, y de todas las damas zarzandajas obligadas en tales cosas. En cuanto á nosotros, el aniversario y las frases que le dedican los periódicos revolucionarios nos han traído á la memoria estos magníficos versos que el viejo Corneille pone en los labios de Cinna al hablar con Augusto:

Mais quand le peuple est maître, on n'agit qu'en tumulte;
La voix de la raison jamais ne se consulte;
Les honneurs sont rendus aux plus ambitieux:
L'autorité est livrée aux plus séduiteux.
Ces petits souverains qu'il fait pour une année,
Voyant d'un temps si court leur puissance bornée,
Des plus heureux desseins font avorter le fruit
De peur de le laisser à celui qui les suit;
Comme ils ont peu de part au bien dont ils ornent,
Dans le champ du public largement ils moissonnent.
Assurés que chacun leur pardonne aisément,
Esperant à son tour un pareil traitement.
Le pire des états c'est l'état populaire.

¡Qué verdad! ¡Qué elocuencia! ¡Qué soberana belleza! Nadie en forma mas brillante ha definido mas exactamente una situación, ni señalado mas enérgicamente sus rasgos todos: el cuadro es de todos los siglos, de todos los pueblos; tan perfecto, tan acabado, que si hoy viviera Corneille entre nosotros, y si hubiese de describir nuestra situación; si quisiese á su vez recordar el aniversario á que hemos aludido y presentar su historia, no le sería dado, con todo su genio, cambiar una palabra de las que pone en boca de Cinna.

«Cuando se dice que el pueblo es dueño y señor del Estado, todo se hace por tumultos, arrebatada y violentamente; jamás se atiende á la voz de la razón, ni se consulta á la razón para nada; se venden los honores á los hombres mas ambiciosos; la sedición acapara para sí toda autoridad; los soberanos de un año ó de un día, salidos de la sedición y los tumultos, como que saben que su poder es efímero, se aprovechan sin escrúpulo, acaban con todo, para que nada quede á los que les reemplacen; devastan el campo nacional, y no temen que los que les reemplacen les exijan cuenta de sus actos, porque saben que, nacidos también de la sedición para imperar un día ó un año, imitarán su conducta. Porque, concluye Corneille, no hay peor estado que el estado popular; es decir, el que lleva ese nombre representando la esclavitud de los pueblos.»

Y aquí deberíamos hacer punto, porque en verdad, ni hay que probar que en esas palabras se encierra la historia de la revolución setem-brina, ni puede añadirse comentario ninguno que no debilite su fuerza.

¿Qué se ha hecho aquí por esa revolución, que no se haya hecho arrebatada y violentamente entre tumultos y por los tumultos? ¿Qué es la situación sino el tumulto en permanencia? ¿Qué dicen esas interpretaciones tan variadas y en tantos puntos contradictorias, esas aplicaciones tan diversas y generalmente contrapuestas de lo que se llama el Código fundamental del Estado, sino que se ha desatendido por completo la voz de la razón y de la experiencia? Durante el año que acaba de transcurrir, y desde el triunfo de la setembrina, se ha hecho almoneda entre los revolucionarios de todos los destinos y honores del Estado, y hemos visto y estamos viendo puesta la autoridad en manos de los hombres que no tienen otros títulos que los de las sediciones en que han tomado parte y las insurrecciones que han promovido. Y el aspecto desolado que presenta España, y las tristísimas condiciones en que se la ha puesto, y de las que parece que á nadie es dado ya sacarla, prueban que no hay plaga mayor para un país que la de esos soberanos de un día ó de un año, que no se contentan, para satisfacer su ambición, con apoderarse de todos sus frutos, sino que aspiran, por odio á los que vienen á reemplazarlos, á secar los jugos y absorber la savia de la tierra, para que sea estéril en adelante.

Horrorosa situación, que por su mismo horror no puede continuar por mas tiempo. Corneille no nos dice cómo acaban esas situaciones; pero eso la historia nos lo muestra en muchas de sus páginas, y especialmente en la del pueblo español. En los recuerdos de un aniversario que solo tristeza y horrores encierra, se complacen los hombres de la situación, y no observan que se juzgan por su propia historia, que aparecen condenados por ella, y que no puede estar ya lejano el día en que haya de cumplirse con ellos la sentencia.

AFINIDADES.

Hicimos en otro artículo algunas observaciones sobre el carácter general que presentó en las Cortes la discusión relativa al presupuesto de las obligaciones eclesiásticas. Ofrecen, en efecto, dichos debates, como todos los de esa clase, ocasión favorable para estudiar bien los verdaderos sentimientos de los revolucionarios. Porque si cuando se trata de otras cuestiones pueden mas ó menos velar su hostilidad hacia las instituciones católicas, no así en los asuntos que á estas directamente afectan.

En vano querrán algunas veces aparentar una estudiada indiferencia. En vano procurarán desfigurar para con los demás, y acaso para consigo mismos, el verdadero fondo de sus doctrinas. A lo mejor, empeñados en el fuego del debate, dejan traslucir á las claras el carácter íntimo de sus opiniones, ó tal vez, aunque los mas prudentes logren evitar ese escollo, nunca les falta un correligionario que, ó mas exaltado, ó mas franco, presente en toda su desagradable desnudez las ideas irreligiosas de la revolución. Porque esta bien querria, cuando ha llegado al poder, darse ciertos aires de conservadora (cuando así lo exige la conservación de sus conquistas); pero lo cierto es que si aun entonces llega á presentarse una cuestión religiosa, no puede menos de volver á sus verdaderos instintos: así como aquella gata de que nos habla el gran fabulista francés, la cual, convertida maravillosamente en mujer y adornada de joyas y sedas el día de su boda, pierde, sin embargo, la gravedad que á su nuevo estado correspondía, y echa repentinamente á correr apenas divisa uno de aquellos animalitos objeto constante del odio instintivo de su antigua raza.

Hasta qué punto sean aplicables estas observaciones generales al caso concreto de la discusión á que antes nos referíamos, será mejor dejarlo al buen juicio de nuestros lectores, para que por sí mismos decidan en vista de los debates; pues no querríamos, descendiendo á juicios particulares, acusar á ninguno mas de lo que en realidad se merezca; antes de buen grado admitimos el que las palabras de los diversos oradores se interpreten desde luego en el sentido mas favorable, si bien desgraciadamente no lo ofrecen sino muy malo algunos de los expresados discursos.

Mas si no sería equitativo envolverles á todos en una misma reprobación, no puede tampoco desconocerse que se ve entre la minoría y la mayoría en estos debates un fondo comun de ideas. Ni parece temerario el suponer que una y otra colectividad convienen, por desgracia, en mostrarse hostiles á la justa independencia y á la plena jurisdicción de la Iglesia. Tan es así, que las mismas frases de los oradores de la mayoría dan indicio de esto cuando, al contestar los discursos de sus contrarios, decían, por ejemplo: «¿Qué he de contestar yo al Sr. A., con cuyas principales apreciaciones estoy conforme?» ó bien, como el señor ministro de Gracia y Justicia: «Mi idea se separa algo de la del Sr. Castelar, y mucho mas de la del Sr. Herrera.» Y téngase en cuenta que este Sr. Herrera no es ningún reaccionario, sino aquel mismo afiliado de la gloriosa que ocupó no hace mucho la silla del mencionado ministerio. ¡Ojalá que este contratiempo le sirva al menos para comprender que no es fácil estar al mismo tiempo en dos campos diversos!

Pero si se quiere todavía otro ejemplo mas singular aun de conformidad de ideas entre los dos bandos de la mayoría y la minoría revolucionarias en el Congreso, nos lo ofrece la réplica del joven Sr. Moret al incalificable discurso del Sr. Robert respecto á los conventos de religiosas, tanto mas reparable, cuanto ese mismo Sr. Moret había tenido la entereza de decir al Sr. Barcia que si este seguía por el estilo que ha comenzado, no esperaba él adquirir las cualidades necesarias para contestarle.

Pues bien: es el mismo orador que así respondía á los hierofóbicos despropósitos del señor Barcia, va á contestar á un discurso que casi nos atreveríamos á decir los escude en cuanto á olvido de las mas vulgares conveniencias. Porque apenas en la gaceta del mas desastrado diario irreconciliable se hubieran estampado confiadamente, ó en las tablas del mas misero teatro bufo se hubieran pronunciado sin empacho, las chanzonetas de mal género con que el republicano á quien nos referimos amenizó en pleno Congreso su discurso. Y hé aquí que el Sr. Moret, al contestarle, dice respecto á tales teorías, que tal vez en algo estuviera conforme con su señoría, si bien en alguna otra parte entendié que no ha estado exacto. Párecenos que el contestar de otra manera hubiera sido al menos cuestión de buen gusto.

Podrá alegar en su defensa el Sr. Moret que

no por el género de oratoria de su adversario, debía negar la conformidad de ideas que con él le ligaba. Pero esta sería precisamente la comprobación del pensamiento que estamos esplotando sobre la afinidad de ideas acerca de estas cuestiones entre los dos bandos opuestos de la revolución setembrina.

Y también revelaría el mismo pensamiento las doctrinas revolucionarias ejercen sobre aquellos espíritus que, aun repugnando con cierta delicadeza los extremos de una vulgar populacheria, buscan, sin embargo, la solución de las grandes cuestiones sociales en las estrechas y superficiales teorías de un vago y abstracto liberalismo. ¿Cómo de otro modo se explica, á no ser que se intentase atribuirlo (y eso sería desfavorable) á tímidas condescendencias políticas; como se explica, decimos, que en el caso referido se contentase el Sr. Moret con tan mitigada reprobación á las teorías de su antagonista, y se mostrase con ellas en algo conforme? ¿En qué podía estarlo?

Comprendemos que el Sr. Moret no elevase su vista hasta las trascendentales consideraciones que, mirando la importancia suprema de la oración en los destinos de la humanidad, revisten de una aureola sublime la misión de las comunidades religiosas. Pero nos parece que por lo menos no dirá, como el diputado republicano, que son «una especie de lujo creado por el fanatismo.»

Se nos resiste, por lo tanto, suponer que haya llegado á juzgar que existe en esas asociaciones algo contrario al fin de la humanidad. No queremos creer que caiga en la vulgaridad de suponer ocioso un género de vida tan constantemente ocupada, y en la cual no se desperdician, como en el siglo, vanamente las horas y los días, ni que desconozca los bienes que, aun bajo un aspecto meramente económico, produce el celibato religioso, ni que niegue, por último, el derecho indisputable que, en uso de su libertad y su propiedad, tienen las religiosas á adoptar ese género de vida.

Porque estas reflexiones, no solo no deben ocultarse al Sr. Moret, sino que conservarían igual fuerza aun para aquellos ánimos que, dominados por anticatólicas preocupaciones, no pueden comprender cuán conformes son al fin del hombre esas asociaciones tan favorecidas por la Iglesia. Maestra sublime del género humano, faro eterno de luz y de vida.

Anoche se verificó en el teatro de Lope de Rueda la primera representación de *La Carmañola*, comedia en tres actos, debida á la inventiva del brillante joven D. Ramon Nocedal, hijo del insigne orador y ex-ministro de este apellido. Decir cuánto vale *La Carmañola*; resanar su argumento, las bellezas y efectos dramáticos que contiene, parécenos escusado de todo punto, después de haber honrado nuestras columnas con el artículo escrito por el señor D. Manuel Cañete, uno de los primeros críticos de España.

Nuestros lectores no acertarán á explicarse, aun conociendo el nombre del autor de *La Carmañola*, por qué damos cuenta de su representación en la parte editorial. Cuando sepan que antes de ponerse en escena, dos ó tres periódicos liberales habían amenazado á la empresa del teatro de Lope de Rueda con la ira popular; cuando sepan que, en concepto de esos periódicos, *La Carmañola* es un reto lanzado al partido liberal; cuando sepan, en fin, que anoche el coliseo de la calle del Barquillo estaba lleno de bote en bote, y que entre los espectadores había no pocos dispuestos á promover un escándalo, que en efecto promovieron, con el piadoso objeto de obligar á los actores á retirarse de las tablas, comprenderán, sin mas explicaciones, la razón que tenemos para ocuparnos en fondo del acontecimiento teatral tema en Madrid de todas las conversaciones.

De libelo contra la prensa periódica se ha calificado la última producción dramática del Sr. Nocedal, hijo, y la calificación es injusta. ¿No se representan comedias en que aparecen comerciantes de mala fe, militares traidores, abogados venales? ¿Han dado estas comedias motivo para que los críticos las califiquen de libelos contra los comerciantes, militares ó abogados? No; porque si el sistema adoptado por algunos periodistas en la ocasión presente hallase eco, los teatros tendrían que cerrarse. ¿Es que se quiere hacer invulnerables é indiscutibles á los periodistas? Pues dígame francamente, y entonces sabremos que en esta época que se llama de igualdad, hay una clase privilegiada.

¿Cuántas comedias se han escrito con objeto de hacer ver las funestísimas consecuencias de la calumnia sostenida por las instigaciones de un amor propio mal entendido? ¿Cuántas co-

medias se han escrito para poner de realce los males que engendra el odio fomentado por la política? ¿Cuántas comedias se han escrito para presentar de bulto los desastrosos resultados de una educación descuidada? Pues á eso se reduce *La Carmañola*.

D. Manuel, enemigo político del Director de *La Carmañola*, que al principio de la comedia se presenta á un coche con la mujer de uno de sus amigos, veterano de la guerra civil, y entra con ella en una casa de apariencias sospechosas. El suceso llega á oídos del hijo del veterano, que colabora en *La Carmañola*, cuyo Director le encarga la redacción del artículo en que se refería este suceso, ignorando, por supuesto, que la señora con la cual se había visto subir en el coche á D. Manuel, fuese la esposa del veterano y madre del articulista y de la mujer á quien quería, y no sospechando siquiera que D. Manuel se ocupaba, con la madre del articulista, de arrancar á este de las manos de un usurero que le amenazaba con la cárcel.

La tenacidad del Director de *La Carmañola* á negarse á rectificar la noticia calumniosa referente á su enemigo político D. Manuel, produce la desgracia de la antes felicísima familia del veterano, á cuya virtuosa mujer condenan las apariencias, y un imprudente noticiario es causa de que aquel averigüe que el que ha difamado á su mujer es su propio hijo, sobre cuya cabeza arroja la maldición de Dios.

En el tercer acto, inferior, en nuestro concepto, á los anteriores, que tienen situaciones dramáticas de primer orden, el inconsciente calumniador de su madre se arrepiente de su conducta pasada, y el Director de *La Carmañola*, deseoso de reparar el daño causado, y regenerado por el amor que profesa á la hija del veterano, da en su periódico una satisfacción cumplida.

Hé aquí la comedia que tanto ha exaltado la bilis de algunos periodistas liberales. ¿Como si juzgaran imperdonable la suposición de que se calumnia por medio de la imprenta! ¿Como si en España, donde hasta los impíos creen, no fuese lícito lamentar en el teatro las consecuencias que generalmente acarrea la incredulidad!

En honor de la verdad, debemos declarar que los que dirigían á los que anoche promovieron el escándalo en el teatro de Lope de Rueda, habían leído muy bien *La Carmañola*, solo que no habían ensayado á los alborotadores. Antes de empezar la escena final del segundo acto, escena que es de primer orden, los alborotadores necesitaron para gritar recibir la orden de ¡ahora! que con voz clara salió de la boca de los jefes, convenientemente colocados en las galerías altas y bajas del coliseo.

Pero ya que nosotros les hacemos la justicia de que han leído bien la comedia, y que conocen sus bellezas, toda vez que promovían el alboroto al llegar las situaciones buenas de la obra, confiesen ellos á su vez que la ovación que el verdadero público concedió al Sr. D. Ramon Nocedal como premio de su indisputable talento dramático, y como protesta contra sus enemigos, fue todo lo ruidosa y entusiasta que apetecer podría el autor mas exigente.

ALFILERAZOS.

El banco azul del Congreso es un banco hecho á toda prueba.

Lo mismo soportó á O'Donnell que á Narvaez, á Espartero que á Concha, y lo mismo soportó á Prim que á Gonzalez Brabo.

Ello si, poco mas ó menos, los hombres tienen el mismo peso; pero tambien soportó á Ruiz Zorrilla.

Y al fin hay ciertas cosas que no pesan en los bancos.

Lo cual no es extraño, cuando no pesan tampoco en los hombres que las llevan.

Aunque el banco azul está hecho á toda prueba, se hundiría de fijo si pesaran sobre él ciertas cosas.

Por ejemplo, las inconsecuencias de Prim, las operaciones de Figuerola, las extravagancias de Echegaray y la frescura de todos ellos.

El mes de marzo del año anterior dijo Prim desde el banco azul, según su promesa anterior, estaban abolidas las quintas.

Y anteayer aseguró desde el mismo banco azul que las quintas eran necesarias, y que retaba á que se le probase que él había querido abolirlas.

Y el banco firme que firme; solo que va perdiendo el color, y tornándose de azul en pálido.

Es verdad que, guardándose las leyes del equilibrio, la resistencia es invencible aun en los bancos.

Si el banco azul del Congreso hubiera de sostener solamente á Prim y sus inconsecuencias en una esquina, se quebraría ó se hundiría por ella.

Pero en la otra esquina sostiene á Figuerola con sus operaciones, y en el centro á Rivero con sus variaciones, y se establece el equilibrio. ¿Pero con las quintas no pesa mas que Rivero en los consumos; y ese es el peso de Figuerola, apreciado en este y en todos por los millones que ha regalado á los judíos de Francfort.

Y todos tienen ó llevan las mismas toneladas de frescura.

Así que el banco sigue firme que firme.

Después de todo, aunque solo el banco cambia de color, en él se pueden observar todos los colores.

Prim sigue verde.

Rivero, rojo encendido.

Figuerola, por horas mas amarillento.

Topete, sin color definido, entre verde, rojo y amarillento.

Y Sagasta, Echegaray y Becerra entre negros y pardos.

De modo que el tal banco azul es un prodigio de dinámica y una esposición de colores.

Es decir, que puede tomarse por un modelo de la civilización egipcia, tan adelantada en dinámica y colores, y tan célebre por sus plagas.

—Cuentan los unionistas que Caballero de Rodas anda malito en la Habana, y quiere volver á España.

Y al oír esto, ponen los progresistas el grito en el presupuesto, que es para ellos el cielo, diciendo que bien está donde está Caballero de Rodas, y que de ningún modo debe volver á España.

Pero se nos ha dicho en confianza que Rivero, separado de los progresistas, opina por que vuelva Caballero, y se ofrece á reemplazarle si le nombran capitán general de ejército.

Y se nos ha añadido, tambien en secreto, que Rios y Rosas no opina como los unionistas, porque dice que estando él aquí, Caballero de Rodas no les hace falta para nada.

En cuanto á Prim, quiere á Caballero lejos; y en cuanto á Serrano, desca tenerlo á su lado.

—Con acento dolorido empieza *El Tiempo*, diario isabelino (nos equivocamos, alfonsoino de Collantes (nos equivocamos otra vez, de San Luis), diciendo que los carlistas crecen mucho en provincias.

Pero con acento de esperanza, *El Eco de España*, diario alfonsoino (otra errata, isabelino) de San Luis (¡maldita pluma! de Collantes), dice que eso nada importa, porque ya se ha levantado la verdadera bandera de orden y moralidad que buscaban en el carlismo sus nuevos adeptos.

¡¡¡.....!!!

Anuncia *La Iberia*, regocijada, que pronto serán un hecho las reformas que proyecta el ministro de la Gobernación, y añade:

«Calmen, pues, su ansiedad los impacientes; su zozobra los espíritus recelosos, y no comenten de mala manera la tardanza del Sr. Rivero en resolver las cuestiones que afectan á su departamento, esos que en cualquier caso encuentran un punto firme donde apoyar la palanca de la oposición contra el gobierno.»

¿Y á quién se lo cuenta *La Iberia*? ¿A nosotros? ¿A los adversarios de la situación? Pues pierde el tiempo; porque nosotros, adversarios de la situación, no somos impacientes, ni hemos exigido al Sr. Rivero que haga algo; porque una triste experiencia nos ha demostrado que todo cuanto haga la situación ha de servir para empeorar el estado del país. Lo mejor que en nuestro concepto puede hacer el gobierno, es no hacer nada.

Pero ya sabemos á quién se dirige *La Iberia*. *La Iberia* se dirige á sí misma; quiere convenecerse de que no ha debido impacientarse; se confiesa reo de impaciencia, y quiere borrar con su complacencia de hoy el recuerdo de su impaciencia de ayer.

El periódico montpensierista *Las Novedades* da por supuesto que existe inteligencia entre carlistas y republicanos federales.

Vamos, se conoce que *Las Novedades* es un periódico orleanista; bien se conoce que su patrono es el hijo de aquel Luis Felipe y el nieto de aquel Felipe Igualdad, que á pesar de llevar en sus venas sangre real, aunque corrompida, se alió con los regicidas y votó por el martirio de Luis XVI.

Caro colega, Carlos VII es el anverso de la medalla de su amigo el duque francés, y los carlistas somos todo lo contrario de los montpensieristas. Por eso hacemos siempre lo contrario de los montpensieristas, y el recuerdo de